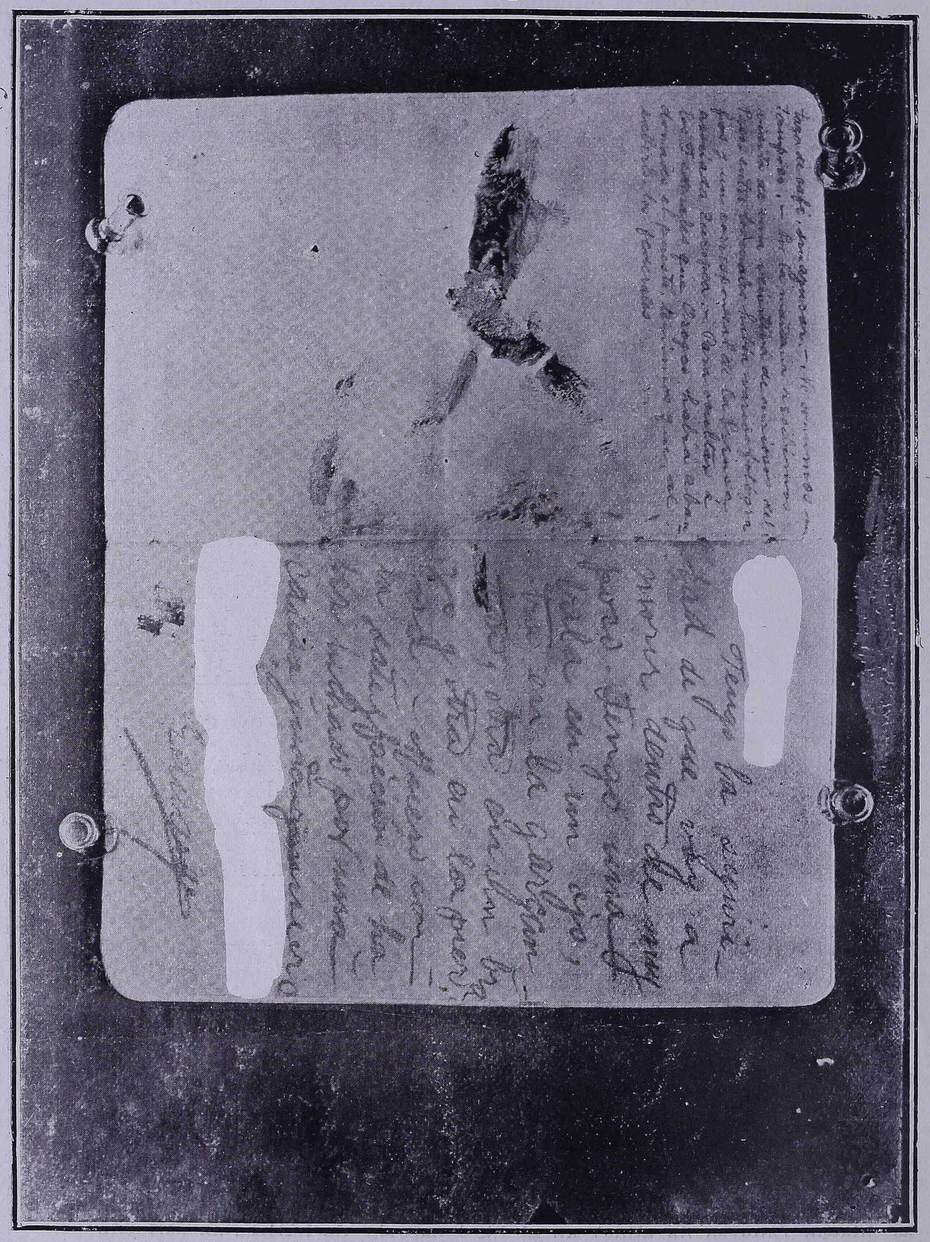
tregaran á Raul Madero, como postrer recuerdo de su camarada.

A los pocos minutos, sufrió un prolongado síncope, que hizo creer á sus compañeros había rendido el último suspiro.



Diario de Hay, en una de cuyas hojas trazó su despedida al sentirse moribundo

Creyéndole muerto, decidieron huir, muriendo todos ellos al intentarlo, excepto Aldama y otro, que herido, fué también hecho prisionero por los federales.

Bernabé Palacios, un muchachuelo de 18 años, y otro de los defensores, optaron por quedarse en la casa, creyendo así poder escapar mejor que sus compañeros.

Pasó algún tiempo: la robusta naturaleza de Hay reaccionó, y al volver en sí, sorprendióle no poco escuchar tan sólo ruido de lejano tiroteo.

¿Qué había pasado durante su desmayo, cuya duración ignoraba?

Arrastróse de nuevo, como pudo, hasta

convencerse de que sólo quedaban en su compañía tres individuos en calidad de guarnecedores de aquel baluarte sostenido por él con tan heróico tesón.

Comprendió que el final era irremediable; ser fusilado al pie mismo de aquellos muros tan heroicamente sostenidos á fuerza de valor.

Entonces, y para ahorrar aquel trabajo á los federales, ingirió Hay veinte ó veinticinco píldoras de medio miligramo de arseniato de estricnina que á prevención llevaba, seguro de acabar definitivamente.

Pero, ¡oh, sorpresa!, á los pocos minutos, notó casi con ira, que todo su organismo revivía, como por encanto, y que lejos de causarle la muerte tan mortal droga, sólo le había producido efecto contrario, y por ende tonificante.

Esto le permitió poder levantarse y andar, prosiguiendo la defensa hasta cerca de las 5 de la tarde, hora en que cegado casi por completo y desfallecido por la hemorragia, decidió rendirse, ocultando previamente á sus tres compañeros.

Estos momentos de suspensión de fuego, permitieron á un federal arrojar dentro de la casa una bomba de mano, que al explotar incendió un barril alcohol.

El fuego se había propagado con tal violencia, que hizo ya imposible todo conato de resistencia, pereciendo entre las llamas dos de los defensores, y no alcanzando á Hay, porque éste, refugiado en una pieza cercana á la salida de la casa, desde donde seguía haciendo fuego, sólo tuvo tiempo de rendirse á un grupo que á favor de tales circunstancias pudo al fin acercársele.

Eran las cinco, p. m., habiendo por tanto durado el combate todo el santo día.

Al ser interrogado Hay por sus capturadores, manifestó, á fin de ganar tiempo, ser doctor extranjero.

Era este un subterfugio para poder ser **fusilado dignamente** (textual.)

En el trayecto, ya una vez prisionero, encontró Hay á varios oficiales federales á los que rogó se le llevara á la presencia del Jefe de las fuerzas.

En aquel grupo figuraba el Coronel Eguia Lis, al que Hay no pudo reconocer, por su ignorancia de los distintivos militares usados en el ejército federal.

Al fin, llegó al patio del cuartel, donde ya se encontraban otros prisioneros, pues es de advertir que el Coronel Hay y Bernabé Palacios, fueron los dos últimos prisioneros hechos ese día en Casas Grandes.

Acercáronse varios oficiales á tomar los nombres de los prisioneros.

Cuando llegó su turno á Hay, tuvo lugar el diálogo siguiente:

—¿Cuál es su nombre de usted?

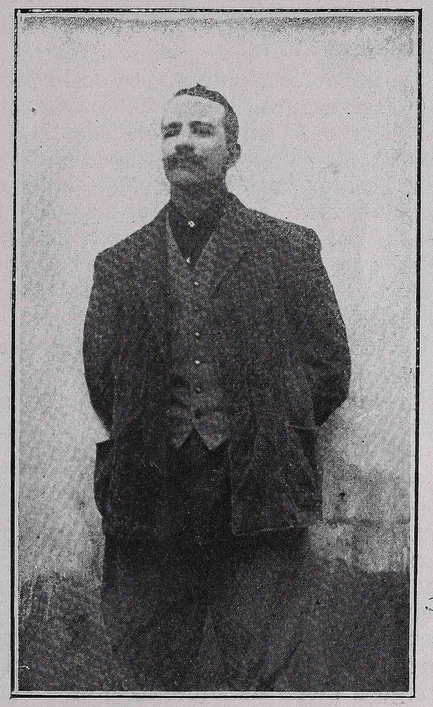
—Eduardo Hay.

—¿Nacionalidad?

—Mexicana.

—¿Cómo ha dicho usted al caer prisionero que era usted extranjero?

—Porque yo no quería ser fusilado como **rata**, estando ahora dispuesto á serlo



Eduardo Hay, prisionero en Casas Grandes

como hombre y como caballero, pidiendo únicamente que como gracia especial se me permita dar la voz de fuego.

—¿Es cierto que es usted doctor?

—No, señor. Mi grado era el de Mayor, jefe de Estado Mayor de Madero.

Al oir las anteriores declaraciones separóse á Hay del grupo, aislándole en un rincón del patio del cuartel con dos centinelas de vista.

Hay, sentóse tranquilamente á esperar la muerte, pues tenía la seguridad completa de una inminente ejecución.

A esta sazón, eran tan crueles los dolores que le producían las heridas, que á la verdad, para Hay, su triste suerte era mas bien, en tales circunstancias, premio, que cruel suplicio.